

RESPUESTA DEL AUTOR

por: Jorge Acevedo Guerra,
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile

Señorita Decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades, profesora Lucía Invernizzi Santa Cruz; señor Presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, profesor Joaquín Barceló Larraín; señoras y señores; amigos:

Agradezco, sinceramente, las amables palabras de mis distinguidos colegas Gustavo Cataldo y Marcelo González, tan perspicaces como generosas. Doy las gracias, también, a las instituciones que hicieron posible la aparición de este libro: la Editorial Universitaria, la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, su Departamento Técnico de Investigación, y el Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (FONDECYT).

Me referiré, de una manera breve, a las motivaciones que me condujeron a la publicación de *La sociedad como proyecto*, a las finalidades a que apunto con esta obra y, por cierto, a sus limitaciones.

La primera motivación consiste en mi deseo de comprender los complejos fenómenos históricos y sociales que han afectado a nuestro país durante las últimas décadas. La idea de Ortega según la cual no es posible explicar una sociedad nacional atendiendo solamente a factores étnicos, territoriales, lingüísticos y de tradición, me parece fecunda. Según él, lo decisivo en la coexistencia colectiva es un proyecto sugestivo de vida en común. Ya en 1938, en Buenos Aires, don Manuel García Morente, haciendo gala de su fina inteligencia, había llamado la atención sobre estas ideas. Pero, por causas que no alcanzo a entender, las interpretó erróneamente, calificando la teoría de Ortega acerca de las entidades nacionales como espiritualista y lastrada de un larvado naturalismo. Casi sesenta años después, salta a la vista a los conocedores de la filosofía de la razón viviente que esa exégesis es insostenible.

Una segunda motivación reside en mi intento de colaborar, de algún modo, en la elaboración de una historiología o metahistoria que, de una vez por todas, haga trascender, en el ámbito de los estudios historiográficos, el

quedarse apegado a la mera crónica, dentro de los límites de un estrecho positivismo que, a poco andar, se muestra como contradictorio consigo mismo e inviable.

Las necesidades intelectuales y vitales que me indujeron a escribir este libro son muchas más, pero creo que, en esta ocasión, basta con enunciar esas dos, que son suficientemente relevantes en la génesis del texto. Sólo agregaré, en este sentido, que no fui movido por propósitos eruditos que señalen hacia el logro de una «historia de la filosofía contemporánea» (los cuales, por lo demás, son perfectamente legítimos y, tal vez, desde algún punto de vista, de mayor envergadura que aquellos que me impulsaron); el estímulo que me ha movilizado se origina en la experiencia de la dinámica social de Chile, y en el sentimiento de que a partir de la perspectiva de Ortega se puede arrojar alguna luz sobre lo que nos ocurre como nación y como personas insertas en ella.

Digo *alguna luz* —y *no* «esclarecimiento absoluto»—, porque en el seno mismo del pensamiento en que me he inspirado hay un elemento de escepticismo que conviene subrayar, ya que no sólo indica hacia una importante limitación de mi escrito, sino que, a la par, la explica. En efecto, la teoría racio-vitalista de Ortega no pretende solucionar todos los problemas, ni ser la última palabra sobre las cuestiones decisivas del hombre. En ella se trata, más bien, de un inicio, en el que se procura vislumbrar las facetas de la existencia que, siendo ineludibles, constituyen, a la vez, el núcleo más enigmático del vivir. En este punto, vemos con claridad meridiana que Ortega es un filósofo del siglo XX y no de la centuria anterior. Ya no se ansía —de manera ilusoria, habría que agregar—, dar respuestas omniabarcantes y rotundas a través de la meditación filosófica, las cuales —de un modo ilusorio, otra vez—, nos dejarían en situación de apoderarnos del mando de la época. El pensador actual consciente del alcance de su propia tarea hace, simplemente, lo que puede, y eso que puede no es mucho, aunque —y esto hay que hacerlo resaltar con la mayor energía—, su labor y los resultados de ella sean imprescindibles e insustituibles dentro de la existencia histórica de nuestros pueblos.

Lo que acabo de enunciar exige, por ende, que para entender en algún grado lo que ahora está aconteciendo en las sociedades a que pertenecemos, sea preciso aunar tanto la colaboración de múltiples perspectivas filosóficas como el trabajo transdisciplinario.

Pero, sin salirnos en este momento del punto de vista de la razón viviente e histórica, resulta —además, previamente y ante todo—, que las categorías de análisis necesarias para abordar el estudio de una realidad nacional remiten a una sociología filosófica y, en especial, a una metafísica, que en este caso nos aparece concretada en una teoría analítica de la vida humana o *biognosis*. Sé que la palabra «metafísica» tiene mala prensa; sin embargo, no puedo dejar en la penumbra el que para tratar de hacer un tanto inteligibles

los avatares históricos de estos tiempos, haya tenido que elaborar —siguiendo a Ortega, claro está—, una ontología de la historicidad y de la temporalidad, una teoría general del hombre y, preeminentemente, me haya sentido impelido a abordar de una forma directa el problema del ser, el cual ya no es interpretado desde la idea de substancia, sino, por lo pronto, como un *acontecer dramático y pasajero*.

He transitado, pues, de manera continua, desde lo más obvio y patente —la crisis histórica que nos ha afectado y que nos sigue concerniendo y aquejando—, hacia lo que —aparentemente, al menos—, es lo más recóndito y problemático —el ser y su sentido—, para volver a lo primero, y así sucesivamente, teniendo que aceptar que en este caso, como sustenta Heráclito, el camino de subida y el de bajada es uno y el mismo.

Esta tendencia a plantear las cuestiones, en última instancia, en el plano del ser, la debo a mi maestro, don Francisco Soler Grima, a cuya memoria dedico *La sociedad como proyecto*. Como toda actitud filosófica, es debatible. No obstante, un imperativo de continuidad histórica me ha hecho insistir en ella. Creo que así como otros actúan legítimamente de un modo distinto a la modalidad que he adoptado —la que no me parece del todo infecunda—, así, también, debe haber algunos cultivadores de la filosofía —no digo «todos»—, que pongan en juego a propósito de esto lo que el mismo Ortega ha llamado el *derecho a la continuidad*. Pienso, en efecto, que lo que podríamos denominar —quizás de manera inadecuada—, *postura metafísica*, que ha arraigado con fuerza en nuestro ámbito cultural, no tiene que ser abandonada; lo cual, sin duda, no significa que pretenda erigirse —con extemporánea altanería—, como la única susceptible de ser tomada en serio —excluyendo, así, a las otras—, o como la de más envergadura.

Entre mis finalidades ha estado la de confeccionar un libro dirigido a los hispanoamericanos, en particular; en especial, a los chilenos. He procurado utilizar un estilo llano, claro, simple; inclusive, a veces, un tanto esquemático. Mi intención no ha sido escribir una obra de filosofía que sólo entiendan los especialistas. Todo lo contrario. Mi propósito ha consistido en que cualquiera que se interese por los temas abordados en el texto comprenda, en algún nivel, lo que en él se dice.

Otro de mis objetivos es extender una invitación a filósofos que se mueven en perspectivas diferentes a la mía, a historiadores, a sociólogos, a estudiosos de la ciencia política, a teóricos de la literatura y del lenguaje, y a otros investigadores, para que, entre todos, en un diálogo que parece insoslayable y urgente, tratemos de arrojar cierta luminosidad sobre los opacos acontecimientos que marcan el fin del milenio. Tal vez sea ésta una tarea que fecunde nuestras indagaciones, y que justifique —*con genuinidad, desde dentro y ante nuestros propios ojos*—, el quehacer académico en que estamos inmersos.

Y, también, incluyo un objetivo que en estos instantes puede parecer no sólo utópico, sino risible: proponer, desde los postulados de Ortega y Marías, un proyecto histórico a los países hispanoamericanos que renueve el sueño de Bolívar, al que nuestra Gabriela Mistral, a pesar de todo, aludía con estas admirables expresiones: «Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por el sarcasmo en muchas partes, no siendo todavía conciencia nacional en ningún país nuestro, yo la amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros. Esta vez como siempre estoy con los menos». Acerca de lo mismo, por otra parte, debo recordar —deslizándome por la línea de reflexión asumida por los filósofos y la poetisa nombrados—, que antes de llegar a ser plenamente reales, las realidades históricas más peraltadas fueron *ilusión* —y ahora utilizo esta palabra en su sentido positivo—, mero deseo, puro entusiasmo, afán quimérico. Por tanto, si queremos alcanzar algún día la efectiva unión de los países de Centro y Sudamérica, tenemos que pasar por esta etapa que, en apariencia, se acerca a la «ensoñación».

Para terminar, quiero hacer presente un hecho que no habría que considerar como meramente anecdótico, sino como un acontecimiento que oculta —mostrando—, algo substantivo que sería preciso desentrañar. El filósofo desde cuyo pensamiento he escrito *La sociedad como proyecto* fue nombrado Miembro Honorario de esta Facultad hace 67 años —el 27 de noviembre de 1928—, siendo su Decano don José María Gálvez. La rectoría de la Universidad de Chile la ocupaba don Daniel Martner, quien entregó dicha distinción a Ortega el 30 de noviembre de ese año. El libro que expongo a su consideración se funda, pues, en las meditaciones de alguien que, en los más variados sentidos, nos es muy cercano.